

compone, por lo demás, de constante requiebro. Así lo hace saber Montoya al subrayar el carácter retórico de ese *otro* que “aburre” mientras habla, pues “se lamenta demasiado y despierta sólo tristezas”:

Si supieras, Ovidio, cómo cansas con tu continua queja. Si supieras cómo fastidia leer tus alabanzas a Augusto para que duleifique el destierro. ¿Te parece que una obra así puede ser mejor que la que hiciste cuando eras, precisamente por tu exuberancia exquisita, el más leído de los poetas? ¿Te parece que hablar de una tristeza sin fin, y compararla con los cielos brumosos y las aguas heladas del Ponto y los rincones fértidos del Hades, es más memorable que aconsejar sobre el amor y contar cómo los dioses se transforman en animales y los hombres en ríos y en montañas sólo para poderse amar?

El dar cuenta de esta variedad de “dolor solitario” y de la “lenta degradación” que significa para Ovidio —según cuenta al espectro de Lucio en un bello episodio del libro— la enfermedad y el dolor de la muerte, acaso la pérdida de toda creencia en la patria, “aldea desolada sobre la cual gira un viento sin nombre y sin rumbo”, la desilusión o el abandono de esa tierra prometida llamada infancia, permiten a Montoya la posibilidad de exhibirse en indagaciones poéticas que lo mismo podrían ocurrirle a este o a cualquier otro hombre “cuyo ego desgarrado se agiganta insoportablemente”. Tiene aquí, por esto, la posibilidad de especular de manera íntima y subjetiva. Dicho ejercicio viene a explicar, una vez más, hasta qué punto no se trata de una novela estrictamente histórica, pues la figura del poeta latino no parece más que un pretexto para otro tipo de exploración, sea el tedio baudeleriano que ocurre en aquella París en la que Pablo Montoya viviera por unos años y a la que no ha dejado de involucrar en sus libros —caso de su *Cuaderno de París*, libro compuesto por medio centenar de prosas poéticas—, en el Tomos de *Lejos de Roma* o en cualquier recodo imaginario o real en que la narrativa pueda dar cuenta de esa búsqueda fundamental, la escritura como forma de llegar a llegar a sí mismo:

Los otros me interesan poco. Escribo y soy mi único lector [...] Y lo que hay más allá de ese acto solitario me tiene sin cuidado [...] Ahora sé que la poesía es la palabra del desplazado, la del desarraigado y la del marginal. Y sé que es en la total renuncia donde es posible tocar el secreto del poema. Ésa y no otra. Lucio, es la dádiva que me ha otorgado este exilio.

Carlos Andrés Almeyda Gómez

Un bolero disonante

Como un bolero

FERNANDO QUIROZ

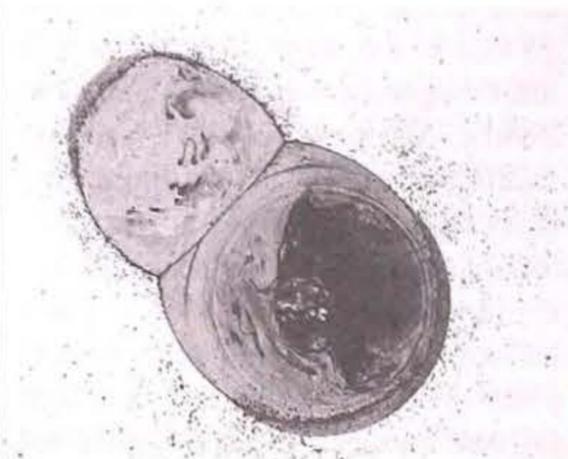
Editorial Planeta, Bogotá, 2010, 213 págs.

HORACIO CREÍA que siempre sería capaz de repetir en su memoria uno tras otro todos los instantes de esa noche que le permitieron asomarse al paraíso junto a María, su primer amor. Pero no pasó mucho tiempo antes de que este personaje de tinta empezara a darse cuenta de que cada vez que repasaba esos momentos, “su imaginación borraba algún detalle, inventaba otro, llenaba un silencio, recomponía una frase”.

Aunque esa mala jugada de la memoria es bien conocida por quienes alguna vez han estado enamorados, ese juego de reminiscencia, identificación y olvido parece ser el anzuelo que utiliza el escritor bogotano Fernando Quiroz para que sus lectores queden enganchados en su novela *Como un bolero*. A lo largo de la primera parte del libro, el lector experimenta una especie de feliz nostalgia, que tiene lugar gracias a que Quiroz no deja de apelar ni por un instante a la emotividad que despierta presenciar el surgimiento del amor, aun si se trata del amor ajeno.

Todo empieza en un barrio bogotano de clase media a los doce años de Horacio, cuando se enamora sin remedio de María Durán, una “joven tentadora en la que era evidente la proporción de sus carnes, a pesar de la terquedad de sus tías de vestirla con largos faldones y con blusas un par de tallas mayores a las que reclamaba

su cuerpo”. En forma hábil, Horacio derrumba los muros y salta los abismos que lo separan de María, y se labra el camino para acercarse a ella, ya entrenada por las rezanderas y anticuadas tías para ignorar y rechazar a todos los pretendientes que se le atravesaban.



Por supuesto, Horacio no lo puede hacer solo. Es un plan orquestado por su madre lo que le da la llave para girar la cerradura de la casa de las Durán, pues al enterarse de la dificultad que tiene María con las matemáticas, ofrece los servicios de su hijo, aventajado en la materia, para dictarle cada semana clases de álgebra. Eso sí, bajo una estricta vigilancia que María y Horacio aprenden a burlar para conocerse y cruzar unas palabras a través de mensajes cifrados y contactos furtivos que van dando forma a su romance.

Punto para Quiroz, pues su habilidad narrativa para focalizar la historia en los momentos precisos en los que ocurre el despertar amoroso de los protagonistas es lo que le permite llevar al lector de la mano para que se convierta en testigo de sus primeras experiencias afectivas y eróticas, que él traduce en encuentros cargados de pequeñas acciones heroicas de las que solo es capaz alguien que, como Horacio, está loco de amor, “la única locura que vale la pena”, según el escritor.

Así, en la primera parte de este bolero, los aspirantes a amantes bailan al compás único de la erosión de sus pieles y del despertar de la sensualidad y la sexualidad. Además, son puestos en escena por Quiroz con una bien abordada dualidad: la torpeza de la inexperiencia y el frenesí del deseo recién conocido, como sucede en el episodio en el que el cuaderno de ejercicios de matemáticas les sirve de correspondencia:

Al pie de una de las operaciones matemáticas, Horacio escribió simplemente: "¿Qué pasa?", María fingió hacer sumas y restas, borró la pregunta y en el mismo sitio respondió: "Que te amo". Horacio se deshizo como pudo de uno de los zapatos y tocó a María arriba del tobillo con su pie descalzo. La muchacha sintió aquel roce como una descarga eléctrica que recorrió su cuerpo y se instaló entre sus piernas, y le produjo la misma humedad que había conocido la vez anterior.

Hasta ahí, hay que subrayar que la novela tiene la virtud de reunir una serie de acontecimientos que dan cuenta de cómo se construye la sensibilidad de los personajes y que, sin duda, su elaboración apela también a la sensibilidad de los lectores. Así lo demuestra en un fragmento en el que relata cómo María —a quien habían sentenciado al convento si se atrevía a quebrantar las "sagradas normas de la moral"— vive los días posteriores al primer beso:

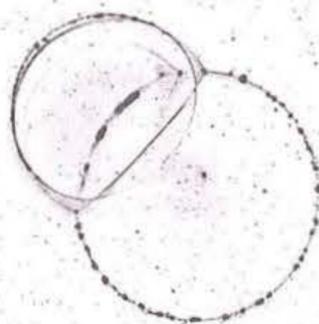
María comprendió eso que alguna vez había oído: que el amor es caprichoso. Cuanto más quería ver a Horacio, cuanto más deseaba que sus manos volvieran a tocarla y que sus labios la rozaran, más se aferraba a la idea de cerrarle sus puertas. Y no sabía por qué. Fue necesario que su tía la hiciera jurar sobre una biblia que su vecino no le estaba despertando pensamientos impuros para que entendiera que era eso, precisamente, lo que le ocurría. Para que sintiera en sus entrañas un cosquilleo que no reconocía como el llamado deseo, pero que la impulsaba a repetir mil veces aquel ejercicio, como repetía sin cesar los problemas de álgebra hasta aprender de memoria su solución. Juró que el contacto con su joven profesor no la animaba más que a estudiar y a consagrarse como la mejor de su clase y, al mismo tiempo que lo decía, se proponía darles rienda suelta a sus sentimientos.

Sin embargo, el rapto amoroso, la conquista y el primer encuentro de María y Horacio suceden en territorios tan desfavorables y áridos, y bajo circunstancias tan desafortunadas que no es difícil adivinar que la

relación, más temprano que tarde, se verá abocada a un desenlace lejano del "y vivieron muy felices". De hecho, la segunda parte de la historia da un giro inesperado, sobre todo, en el modo como Quiroz aborda la continuación de la historia.

Lo que sucede tras la irremediable separación de los jóvenes borra por completo del relato a María y se dedica solo a seguirle los pasos a Horacio. Por un larguísimo periodo de tiempo, el lector deja de saber qué fue de la vida de ella; es más, nunca sabe cómo transcurrió y a duras penas se entera de que el motivo por el cual sus tías la cuidaban tanto era porque la "querían por partida doble":

Como a esa hija que su beatitud y su pureza les impidió engendrar... pureza de alma y de cuerpo: morirían vírgenes no sólo por virtud, sino también porque el sexo les parecía una práctica sucia y desagradable. También en ese sentido María era una bendición para ellas, que les había permitido ser madres sin rozar siquiera el pecado, a imagen y semejanza de la santísima Virgen, a la que le profesaban inmensa veneración.



Mientras tanto, Horacio empieza a bailar solo el bolero y la novela gira únicamente en torno a dos aspectos esenciales de su vida. Por un lado, el paso de la adolescencia a la adultez, recreado por una sucesión de días negros, impregnados de "una forma del miedo que no conocía: la de la incertidumbre", y que luego se convierten en días felices, en los que aprende a hacerse un lugar en el mundo. Un mundo propio que él construye para sí en las playas de Taganga, después de que empezó a conocer el mundo y a "pensar que si hubiera estado en sus manos, seguramente lo habría diseñado de otra manera".

Por otra parte, unos acordes disonantes e imperdonables para la escritura de Quiroz. De un momento a otro, el tímido Horacio que unas páginas antes aseguraba que "su corazón enamorado le decía que el simple hecho de contemplar la idea de otros cuerpos constituía una deslealtad con la mujer a la que había decidido querer para siempre", se convierte en un irrefrenable donjuán de sucesivas e innumerables conquistas femeninas. Esto último sucede y se desarrolla casi como en un calco de Florentino Ariza, el personaje principal de *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez.

Suenan muy familiares al Nobel y radicalmente lejanas al escritor bogotano parrafadas como estas:

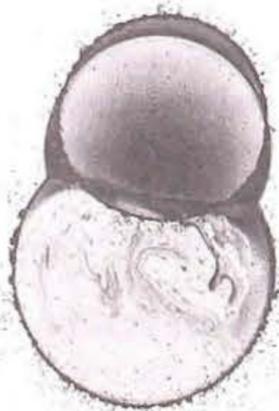
Y se propuso convertirse en el más diestro de los amantes, para cuando el destino lo volviera a reunir con su novia. Esa tarde, mientras veía cómo el mar apagaba lentamente ese sol rojo y enorme, se estremeció al sentir que le estaba entregando a una mujer cualquiera lo que sólo le pertenecía a su novia. Y quiso que se lo tragara la tierra —la arena, el mar, la sierra— cuando contempló la posibilidad de que a ella le estuviera ocurriendo lo mismo. Que le hubiera permitido a otro llegar hasta su intimidad, recorrerla con sus manos, visitar sus entrañas. Pero, como si se hubiera subido a la montaña rusa de las contradicciones, unos segundos después sintió que era infame dudar de su conducta, pues en ella sólo era posible la virtud. Y pensó que, entre otras razones por la certeza de que María reservaría para él su cuerpo el tiempo que fuera necesario, él protegería su corazón para que sólo fuera de ella, y, por lo tanto, no se permitiría enamorarse de mujer alguna mientras adquiría la maestría que se había propuesto.

Entregaría la piel, pero no el corazón.

Si bien el lector sigue la historia esperando salir del desconcierto por el modo como se abordó esa segunda parte del bolero, a cada tanto se le sale de nuevo a Quiroz la clarísima referencia literaria del Nobel. De la manera menos convincente, como ocurre cuando detalla cómo Horacio se hace consciente de su poder erótico:

Loren Sofía fue sólo una de las muchísimas mujeres que, sin saber que actuaban como sus profesoras en la delicadísima materia del erotismo, despertaron en Horacio un apetito difícil de saciar. Con cada mujer que llegaba a su cama por primera vez trataba de resolver las dudas que le hubieran quedado de la anterior. Y era tal la consagración con la que asumía el aprendizaje sexual, que no supo en qué momento pasó de ser el alumno predilecto de muchas de ellas al maestro más solicitado de las que oían hablar de él con esas frases siempre cargadas de adjetivos elogiosos. Algunos de ellos, además, francamente vulgares.

En este punto de la historia, cuando las páginas del libro ya se van agotando, todavía le queda al lector la esperanza de que el bolero vuelva a sus tonadas armónicas del comienzo. No obstante, Quiroz resuelve todo del modo más inesperado. Aparece Lourdes, una mujer de la que poco se sabe y que se convierte en unas pocas páginas en el verdadero amor de Horacio. No es que esté mal esta conclusión, así es la vida, podría argumentarse en su favor; el gran inconveniente es que no queda nada en el final de la construcción y el establecimiento de la relación amorosa, falta el verbo prolijo de la primera parte del bolero. Todo sucede sin que el lector se entere del origen, el curso y la chispa que prende la llama de ese sorpresivo amor.



Pero si en eso se queda corta la trama que lleva al final, aún más corto se queda el episodio que el lector sabe que vendrá desde muchas páginas atrás: el último encuentro de María y Horacio, en el que se lee este escueto desenlace: "Horacio encontró a

una María diferente de la que llevaba en su cabeza. Y confirmó que aquella con la que se había permitido el desliz de una duda fundamental no era la que tenía en frente, sino la que ella misma había sido en otros tiempos. O tal vez la que él había construido a la medida de sus caprichos, de sus temores, de sus fantasías".

En definitiva, se trata de un bolero disonante dividido en dos partes. Es precisamente en el primer segmento de la novela en el que el escritor bogotano mezcla, con habilidad de gran compositor, todas las tonadas, compases y cadencias que le dan forma a una gran historia romántica, que es lo que se espera desde el título. En cambio, en la segunda queda la sensación de que ya no tenía buenas notas para conjugar y que llenó el resto de las líneas del pentagrama con ritmos que ya otro había bailado.

Melissa Serrato Ramírez

Niños para cuentos

Hechicerías

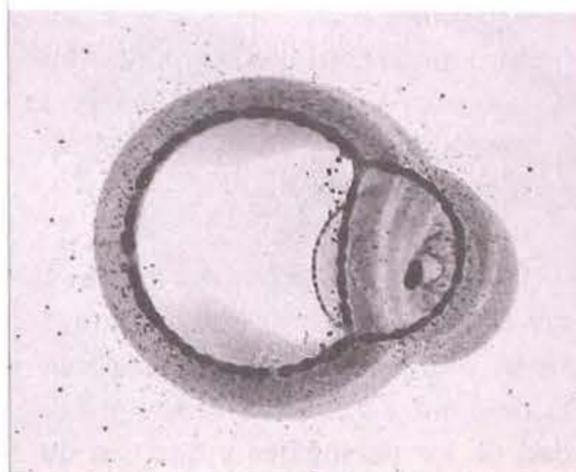
ÓSCAR OSORIO

Universidad del Valle, Cali,
2008, 84 págs., il.

LA PRUEBA de que los niños no le tienen miedo a nada, excepto al papá cuando amenaza con golpes, porque saben que todo es ficción, está en que los relatos escritos o visuales, que para ellos se ofrecen en el comercio, vienen invariablemente poblados de toda clase de monstruos malignos, lo cual no ha cambiado con las nuevas tecnologías del entretenimiento. Por el contrario, los nuevos monstruos son aún más terroríficos y amenazantes. No todos los niños, es verdad, puesto que ya los padres no se usan. O se usan los llamados sustitutos, que no son materia de esta reseña.

Los viejos y clásicos cuentos para niños avivan su inteligencia, liberan su imaginación; no la subestiman. En el campo, el niño tiene que nacer aprendido, porque los peligros acechan desde sus primeros pasos. La sobreprotección de los niños en las ciudades va contra su naturaleza. Por eso, después

de la mayoría de edad, siguen siendo dependientes. Y es que la infancia también se convirtió en rentable negocio, por lo cual no solo hay que prolongarla, sino explotarla al máximo. Y surgen el desorden y la irresponsabilidad de todo negocio. Que se aprovecha para lo que cada uno quiera.



En el libro al que esta nota se refiere los temas son reyes, príncipes encantados, hechiceros, brujas, transformaciones mágicas de unos seres en otros, toda una utilería medieval, actualmente denominada como gótica. Y los sucesos, disparatados, muy distantes del ingenio y la maravilla de los antiguos cuentos para niños, reconocidos como obras maestras de la literatura universal. Ofrecer resúmenes a la apreciación del lector nos parece mejor que entrar en discutibles opiniones teóricas. En su orden, son:

La espada de caramelo (12 págs). Alexei, rey temeroso, visita a la hechicera Meiga en su cueva, para pedirle una espada especial con la cual él podrá defender su reino de la amenaza de un poderoso enemigo, llamado Cagtoon, dueño de cuatro monstruos quirópteros.

Pregunta el niño: ¿Si las hechiceras son tan poderosas, por qué tienen que vivir en inmundas cavernas?

Después del correspondiente diálogo, le da la espada con una condición: que se la devuelva a los siete días, o de lo contrario se case con ella, que será la reina.

La bruja prepara la espada en un caldero con estos ingredientes: esencias, chocolates, turrónes, bombones, especias, almíbares, bananos, caramelos y los famosos polvos mágicos.

Sigue la descripción de los encuentros con los endriagos enemigos, y al fin la bruja vence con sus malas artes. El rey tiene que casarse con ella.